EL PERFECTO AMIGO.

COMEDIA NUEVA

EN DOS ACTOS.

POR DON GASPAR ZAVALA Y ZAMORA.

ACTORES.

Joseph II. Emperador de Alemania.
El Príncipe de Saxonia, Elector de Tréveris.
El Conde de Colloredo.
El Conde Coventcel, Privado de Joseph II.
Ricardo, Molinero, Padre de
Eduarda, prometida Esposa de
Enrique, Labrador, amigo de Esmit.
Distoorn, pretendiente de la mano de Eduarda.
Isabela, amiga de Eduarda.
Caballeros de la Comitiva del Electores, Molineros y Labradores.

La Escena en las cercanías de Munich.

ACTO PRIMERO.

El Teatro debe representar una selva larga con un montecillo al frente: en su falda sobre los bastidores de la izquierda, un molino con puerta usual; y al pie del monte á la derecha, una encina corpulenta y poblada; y á la izquierda una choza rústica, tambien con puerta usual; de la cima del monte por la derecha baxa una cascada á comunicar sus aguas al molino. Al levantar el telon se descubren varios labradores apaleando castaña y bellota, y recogiéndola en sacos, que tendrán para este efecto; advirtiendo, que desde que se descubre la Escena, se dexarán ver algunos relámpagos á lo lexos, y de tarde en tarde, los quales serán mas continuados, y mas cerca. Algunos mozos del molino baxarán sucesivamente á la choza, y volverán á salir de ella con costales de trigo, que conducirán al molino.

ESCENA I.

Ricardo saliendo del molino, y baxando pausadamente á la Escena.

Ric. En qué penderá, que tarde
tanto Eduarda? No dista
cien pasos de aquí la fuente,
y há un hora que con su amiga

Isabela fué á llenar
un cantarillo::- la chica
es juiciosa, pero hay
tan mala cosecha hoy dia
de mozuelos, que::- no, no
con no perderla de vista
me ahorraré estar con zozobra.
Ah! Si yo con la crecida
suma que debo á Distoorn
me hallára! Yo le diria
claramente, que dexara
de pensar mas en mi hija,
pues tenia ya su mano
(como es verdad) ofrecida
á otro; pero sé bien
que si diera á su codicia
tal desengaño, mañana,
sin duda, atropellaria
mi pobreza, por vengarse:
y esto tan solo me obliga
á dilatar hoy su boda
con Enrique, á quien la chica
sé que quiere con extremo.
Pero Distoorn se encamina
hácia este sitio. Oh quán poco
agradable es la visita
de un acreedor, y mas
si es molesto!

ESCENA II.

Ricardo y Distoorn por la derecha.

Dist. Buenos dias,
Señor Ricardo.
Ric. Seais
bien venido.
Dist. Con que, niña
ó niño?
Ric. No entiendo.
Dist. No?
Pues sois bien rudo á fe mia.
Qué, qué tenemos?
Ric. De qué?
Dist. De qué ha de ser? Sin mentira:
vaya, cómo se ha explicado?
quiere, quiere?
Ric. Bien querria,
pero vuestra edad::-
Dist. Aprieta:
no teneis otra salida
que la edad; la edad.
Ric. Pues, hombre,
si Eduarda es una niña
de quince años::-
Dist. Bien, mejor.
Ric. Y vos de edad tan crecida::-
Dist. Vaya, hombre, que el que os oye
desde luego pensaria,
que era yo algun ochenton
quando menos, y estos dias
cumplí los sesenta y dos.
Ric. Y esa no es una excesiva
desproporcion?
Dist. Sí Señor,
desde luego lo sería,
si estuviera como vos,
con mas achaques que dias
tiene un mes; pero aquí aun
hay, en buen hora lo diga,
disposicion para todo.
Yo hago mis cabriolitas
corrientes; no gasto anteojos,
ni peluquin; ando aprisa,
y derecho como un uso;
yo nunca llevo torcidas
ni con arrugas las medias;
y á no ser por la maldita
gota, el asma, y algun otro
dolorcillo, que algun dia
suele incomodarme, no hay
robustez como la mia
en la comarca.
Ric. Sí, pero
teneis acuestas, cumplidas
sesenta y dos primaveras,
edad, si quereis que os diga
lo que siento, nada propia
para que ninguna niña
de quince años, á no ser
que la obliguen, os admita
por marido; y yo no pienso
violentar hoy á mi hija

gea,

indiscretamente. Ahora,
si vuestra maña inducirla
sabe, á que con vos se case
gustosa, yo me holgaria
mucho de ello.

Dist. Pues, Señor,
sentencia definitiva:
Veis este auto? *mostránd. un pliego.*

Ric. Bien temí *ap.*
este golpe.

Dist. O vuestra chica
se casa conmigo, ó vos
me pagais, ó al medio dia
queda el molino y la choza
embargado. Vos decidla
lo que os parezca en el caso,
que yo daré bien aprisa
una vuelta por acá
á ver lo que determina:
en el supuesto, de que
ya que la Señora mia
no tiene piedad de un tierno
amante, que así suspira
por ella, no ha de tenerla
él, de vos, ni de ella misma.
Si aqueste madurativo
no aprovecha, ni camisa *ap.*
he de dexarles; pues ya
que los dos de mí se rian,
no se reirán de mi plata,
Con que:: - Vaya, hasta la vista.

Parte por la izquierda.

ESCENA III.

Ricardo, y poco despues Eduarda é Isabela por la derecha, cada una con un cántaro de agua.

Ric. En qué duro compromiso
va á ponerme su codicia
y su impiedad! Pobre Eduarda,
quánto la suerte conspira
contra los dos! Ella viene
y yo no sé que decirla.

Isab. Allí está tu padre *á Eduarda.*

Ric. Cómo
has tardado tanto, hija?
que ya estaba con cuidado.

Eduar. Señor, porque entretenidas
hemos estado cogiendo
estas flores: yo creía,
que no habíais de llevarlo
á mal, que si no:: -

Ric. Pues, hija,
creiste bien. Su virtud
me hace ver hoy su desdicha
con mas dolor! Isabela,
sube las dos cantarillas
al molino, mientras yo
hablo en cosa muy precisa
á Eduarda.

Isab. Bien está.

Toma el cantarillo de Eduarda, y sube con los dos al molino.

ESCENA IV.

Ricardo y Eduarda.

Eduar. Qué será! Todo me agita. *ap.*

Ric. Y bien, en la situacion
en que nos vemos, querida
Eduarda, qué partido
tomaremos? La alma impía
de Distoorn, acaba ahora
de intimarme, que en el dia
te obligue á darle la mano,
ó le pague la crecida
suma que le estoy debiendo:
porque de no, determina
embargar aquellos cortos
bienes, que nuestras continuas
desgracias nos han dexado
para pasar esta vida
triste, con no poco afán.
Yo no tengo, Eduarda mia,
quien tal cantidad me preste
para acallar su codicia;
y por otro lado veo,
que obligarte yo á que vivas
sumergida en un perpetuo
dolor, casándote, hija,
con él á disgusto, nunca,

nunca lo consentiria,
ni mi amor, ni la razon:
de modo; que nuestra ruina
es inevitable, si
Dios, que nuestras penas mira,
en tan amargo conflicto
algun remedio no envia. *Llora.*

Eduar. No con vuestro desconsuelo
hagais hoy mas impropicia
mi suerte, Señor: el Cielo
sabe la tierna, la fina
voluntad que yo profeso
á Enrique, y con qué alegría
mi corazon esperaba
el afortunado dia
de unirme á él: yo creí,
que por honesta y sencilla
la aprobára, y bendixera:
pero una vez que por dignas
y secretas causas, que
reverencio, destruirla
quiere, yo estoy pronta á hacer
sacrificio de mi vida
y libertad, en obsequio
de vuestra quietud.

Ric. Ay, hija,
qué es lo que profieres?

Eduar. Sí,
padre querido: redima
mi amor el duro conflicto
en que os veis. Antes fuí hija
vuestra, que de Enrique amante,
Señor; con que faltaria
á mi deber, si olvidase
la obligacion mas antigua.
A mas de que la virtud
de Enrique censuraria
mi proceder, si por no
ser con él desconocida,
lo fuera con vos. Yo sé
su honradez, y sé, que en vista
del compromiso en que estamos,
tendrá por loable y digna
mi resolucion, aunque
le cueste á él mismo la vida
el verme agena. En fin, hoy
daré, pues que mi desdicha
lo dispone así, mi mano
á Distoorn; y mas que viva
en un perpetuo martirio,
como yo el vuestro redima.

Ric. Bendígate Dios por esa
prueba, que darme, hija mia,
quieres de tu amor; mas no,
no creas tú que yo admita
tan costoso sacrificio.
Es para toda una vida
el lazo que abrazar quieres
contra tu gusto; y te estima
tu padre con mucho extremo,
para consentir que vivas
tú muchos años penando,
por vivir él quatro dias
con algun descanso. En fin,
quando Dios nuestras activas
súplicas no compadezca,
venderemos, hija mia,
el molino, pagaremos
al cruel Distoorn, y unida
tú á Enrique, despues los tres
burcaremos á porfia
un honrado arbitrio, para
subvenir á la precisa
manutencion nuestra
Baxa del molino Isabela.

Eduar. Ay, padre!
Yo no puedo:—

Ric. Qué replicas?

Eduar. Consentir, que:—

Ric. Bien. A Dios.
Su virtud es mi delicia.
Entra en la choza.

ESCENA V.

Isabela, Eduarda, y poco despues Ermit.

Isab. Qué salió de la consulta?

Eduar. Qué quieres que salga, amiga?
penas para mí. Distoorn
insiste en que hoy en el dia
he de casarme con él,
ó pagarle la crecida

can-

cantidad, que se le debe.
Isab. Habrá diablo de estantigua,
con un pie en la sepultura,
y aun piensa en bodorrio! Mira,
si no fuera por lo que
dirán, yo le escamaria.
Y tu padre qué resuelve?
Que cargues con él?
Eduar. No, amiga,
antes se opone.
Isab. Creí.
Eduar. Pero yo á trueque que viva
con algun descanso, estoy
resuelta, Isabela mia,
á casarme con Distoorn.
Isab. Qué dices?
Eduar. Que así su ruina
puedo evitar solamente.
Isab. Eduarda, recapacita
primero::-
Eduar. Calla, que Esmit
llega.
Isab. Haré por disuadirla. *ap.*
Esmit. Ya sé, Eduarda, la pena,
que os previno la codicia
de Distoorn: él mismo acaba
de darme ahora noticia
del medio cruel, de que
se ha valido en este dia
para lograr vuestra mano;
pero si Dios patrocina
mis ideas, no verá
lograda la suya. Estima
muy de veras mi amistad
á Enrique, sí: y me lastima
demasiado la desgracia
de los dos, para que oirla
pueda con indiferencia.
Eduar. Ay, Esmit, en vano aspira
vuestra honradez, á mudar
nuestra fortuna impropicia.
Esmit. No desespereis tan presto,
que á un dia negro, otro dia
claro y sereno sucede.
Eduar. Y mi Enrique?
Esmit. Yo creía
hallarle aquí. Ah, quánto os ama!
Eduar. Cómo?
Esmit. La mas inaudita
prueba de amor, os acaba
de dar.
Eduar. Y quál es? decidla.
Esmit. Cansado ya de tentar
quantos medios le influía
su amor, para grangear
la cantidad que debia
Ricardo á Distoorn, sin que
tuviesen sus tentativas
efecto alguno, pasó
á Munich::-
Eduar. Quánto se agita *sobresaltad.*
mi corazon!
Esmit. Ayer noche.
Eduard. A qué?
Esmit. Le dieron noticia
de que un Comerciante Armenio
buscando un esclavo iba,
y con el heroico objeto
de evitar hoy su ruina
á vuestro padre, y á vos
la irreparable desdicha
de casaros con Distoorn,
á vender::-
Eduar. Oh Dios!
Esmit. Su misma
libertad se presentó
al Armenio.
Eduard. Ay, dulce amiga!
Dexándose caer en los brazos de Isabela trastornada.
Isab. Y qué::-
Esmit. Aquietaos. El noble
Comerciante, que por dicha
se informó de la razon
poderosa, que le obliga
á aquella temeridad,
le menospreció.
Isab. Respira.
Eduar. Sí, ya respiro.
Esmit. Aunque aplaudo
una accion tan peregrina
interiormente, á él se la he
reprehendido como indigna

de

de un tierno amante, y de una alma
superior á sus desdichas.
Vos, Eduarda, haced lo mismo,
y animadle en este dia
á esperar que se mejore
por instantes, la enemiga
suerte, que os persigue, en tanto,
que yo lleno de alegría,
voy á darle un testimonio
de mi amistad peregrina.

Parte por la izquierda.

ESCENA VI.

Isabela, Eduarda, y poco despues Enrique.

Eduar. Esperad; Esmit.
Isab. Adónde
irá, ó qué es lo que maquina.
Eduar. No sé: solo sé, que no
espero la menor dicha.
Isab. Por qué no?
Eduar. Porque es muy corto
el plazo, que la malicia
de ese monstruo nos concede
y muy grande, como miras,
nuestra desgracia.
Isab. Con todo::–
pero Enrique se avecina,
con bien macilenta cara.
Eduar. Ah, Isabela, qué alegría
quieres que ostente, quien tiene
de luto el alma vestida?
Isab. Pobre Enrique!
Eduar. Corazon,
valor, pues le necesitas
ahora. Jamás creí,
Enrique, que deberia
tan poco á tu amor.
Enr. Qué dices,
Eduarda?
Eduar. Que es fingida,
y villana tu pasion.
Enr. Cómo::–
no agravies la pasion mia,
dándola unos epitectos,
de que á la verdad no es digna.
Eduar. Pues dí, falso, dí, inconstante,
si de quererme vivias
pesaroso, si eximirte
de tu promesa querias,
si pretendias huir
de mi amor, y aun de mi vista,
(quánto me cuesta el fingir!
otros medios no tenias
menos bárbaros acaso
para lograrlo? Tu misma
libertad vas á vender,
para comprar la que habias
depositado ya en mí?
Tan mal empleada la miras,
ingrato::–
Enr. Basta ya, Eduarda,
de oprobrios, baste mi vida
de injustas quejas, y no
la tierna, la fiel, la fina
voluntad, que te profeso,
agravies así. Yo habia
de cansarme de adorarte?
Yo huir, mi bien, de tu vista,
quando eres toda mi gloria,
mi consuelo, y mi delicia?
Yo arrepentido de haberte
dado el alma? Ay, mi querida
Eduarda, qué mal conoces
las veras con que te estima
Enrique!
Eduar. Ay, ojalá,
y tanto no sentiria! *ap.*
Luego es falso lo que acaba
de decirme Esmit?
Enr. La misma
verdad es; pero ah, qué causa
tan contraria me movia!
Tú á poco amor lo atribuyes,
y es solo amor quien me inspira
tan desesperada accion.
Eduar. Yo creo que tú deliras.
El amor puede inspirarte
que me olvides, que mi vista
huyas, y me dexes hoy
abismada y sumergida
en el dolor de perderte?

Pue-

Puede ser fineza digna
de un pecho amante?

Enr. Sí, pues
ya que yo á perderte iba
de todos modos, obviarte
el sacrificio queria
de unirte á Distoorn, pagando
con la suma que exîgia
por mi libertad, la que
le debe tu padre.

Isab. O fina
pasion!

Eduar. Sí, pero tu en fin
á perderme te ofrecias
para siempre, renunciando
hasta la esperanza misma
de unirte á mí.

Enr. Acaso puedo
tener alguna?

Eduar. Debias
tenerla, mientras no diese
yo mi mano á otro.

Enr. En vista
de mi desgracia:-

Eduar. No es menos
contraria y dura la mia,
Enrique, pues á perderte
ya para siempre me obliga.

Enr. Qué dices?

Eduar. Sí: no nos es
lícito ya en este dia
tratar de un amor, que el Cielo
reprueba.

Enr. Eduarda querida.

Eduar. Yo te amaba con la fe
mas verdadera y sencilla,
ya lo sabes, y yo sé,
que estaba correspondida.
Infiere, pues, el dolor
que sufrirá la alma mia
al desprenderse de aquella
lisongera espectativa
de unirse á la tuya; pero
la naturaleza misma
exîge este sacrificio
de mí: ella es la que me liga
con quien aborrezco, y me hace
olvidar á quien queria.
No encuentro, Enrique, otro medio
de reparar la ruina,
con que amenaza á mi padre
la inexôrable codicia
de Distoorn. A él voy á unirme;
mira si soy poco digna
de tu compasion. Si yo
diera tus tiernas caricias
al olvido, de inconstante,
ó falsa, me negaria
á la vista de las gentes,
afrentada y confundida;
pero ah! yo soy mal amante,
solo por ser buena hija.
Sí, disculpa mi mudanza,
Enrique mio; y pues ibas
á vender tu libertad
por redimir su desdicha,
vende el amor que me tienes,
ahora por redimirla: *se va obscurec.*
sin que ni un leve suspiro
te cueste, para que diga
el mundo, que hasta olvidarme
supiste con hidalguía;
y yo tenga entre mis penas
la satisfaccion cumplida
de que de tu amor me diste
la prueba mas peregrina.

Enr. Ay, Eduarda, que no tengo
yo virtud tan conocida,
ni tan sublime constancia,
que me ofrezca en este dia
á negarme de tan fiero
golpe, á la pena precisa.
Te amo con sobrado extremo
para saber que me olvidas
ó me dexas, sin que de ello
el mayor dolor reciba.
Lo mas que puedo ofrecerte,
en situacion tan impía,
es no quejarme de tí,
no agraviarte con indignas
sospechas; y lo que es mas,
huir desde hoy de tu vista,
para que mas facilmente
tan alto triunfo consiga

tu

tu amor filial; pero cree,
que todo aquello que viva,
á pesar de mi dolor,
viviré, Eduarda mia,
amándote con el mismo
extremo, que hasta este dia:
pidiendo al Cielo, que premie
la virtud, que hoy acreditas,
con tantas venturas, como
á mí me cercan desdichas.
A Dios, á Dios, y no extrañes
que con llanto me despida
de tus ojos, que amo mucho,
y tú á perderte me envias.

ESCENA VII.

Ricardo cerrando la choza, Enrique Eduarda y Isabela.

Ric. Eduarda, Isabela, Enrique,
vamos al molino aprisa,
que segun ha obscurecido,
va á romper esta imprevista
tempestad, en un diluvio
de agua.
Obscurece enteramente.
Isab. Sí, y ya principia.
Eduar. Vamos adonde gusteis.
Amor, cesó tu delicia.
Enr. Ay, Eduarda, tu virtud,
mas que me agravia, me olvida.

Dá un formidable trueno precedido de un relámpago, empieza á llover con la mayor fuerza, y Ricardo, Enrique, Isabela y Eduarda suben con estos versos al molino, mientras los labradores baxan á guarecerse de él, cargados respectivamente de la castaña y bellota recogida.

Labradores. Chicos, al molino.
Eduar. Vamos, Isabela.
Ric. Corre, hija.

ESCENA VIII.

Por la izquierda con botas y espuelas en trage de viajantes Joseph II. y el Conde de Coventcel.

Cond. Venid, Señor, que hácia aquí,
si no me engañó la vista
antes que así obscureciera,
descubrí yo una casilla
ó cabaña, en que podremos
guarecernos, mientras la ira
del Cielo en agua descarga.
Jos. Llega á ver.
Cond. Aquí se mira: *llama á la puert.*
con efecto.
Jos. Mientras abren
me servirá aquesta encina
guareciéndose de un arbol.
de resguardo.
Cond. Nadie hay
en la choza; pero abrirla
en ademán de violentar la puerta.
será facil.
Jos. Qué haces? Tente,
que no es accion esa, digna
de un hombre honrado, ni propia
de quien á implorar camina
el favor de otro. Ven, Conde,
y de defensa nos sirva
lo espeso de este arbol, mientras
cesa el agua.
Cond. No replica
mi obediencia.
Jos. Ataste tú
los caballos?
Cond. Pues queríais
que olvidase ese cuidado?
Jos. Está bien: porque aunque dista
tan poco de aquí Munich,
confieso, que sentiria
tener que ir á pie hasta allá.
Cond. Permitid, Señor, que os diga,
que lo errásteis en enviar
delante la comitiva,
pues os hubiera podido
servir ahora la silla

de

de posta, que con nosotros
llevamos.
Jos. La idea mia
es, sorprender en Munich
al Elector con mi vista;
pues aunque de mis designios
le dí aviso, y aun noticia
del dia en que de Viena
salí, no le dixe el dia,
que llegaria á su Corte,
por evitar la precisa
ceremonial, con que así él,
como su Corte, saldrian
á recibirme. Además
de que aborrezco, qual miras,
toda etiqueta, no quiero
ocasionar las ruinas
de aquellos pueblos, por donde
pase. Su amor prevendria
á mi persona, costosos
regocijos, si noticia
tuvieran de mi llegada,
Conde, y eso me sería
muy sensible. Entrando solos,
y en este trage, ya miras,
que no es facil que reparen
en nosotros.
Cond. Quién no admira
vuestra virtud!
Jos. Este y otros
trabajos, que se me sigan
del plan que yo me he propuesto,
que me serán, imagina,
muy dulces, considerando,
que evito así la ruina
de mis hijos.
Cond. Premie el Cielo
unas máximas tan dignas.

ESCENA IX.

Joseph II. el Conde, Ricardo saliendo del molino con una linterna encendida, y un paraaguas, acompañado de Enrique.

Ric. Sí, yo creo haber oido
llamar, y con mucha prisa
á mi choza; y pues no llueve
ya tanto, Enrique, camina,
veremos si me he engañado.
Cond. Ya el agua es menos, y el dia
va aclarando algo.
Jos. No es
sino que aquí se encaminan
dos hombres con una luz.
Cond. El amo de esta casilla
será.

Acaban de baxar, y exâminando con la linterna el Teatro, encuentran con los dos.

Ric. O yo me engañé,
ó el que llamaba se iria.
Enr. Allí hay dos bultos.
Ric. Quién es?
Jos. No os altere nuestra vista,
buen hombre. Dos pasageros
somos, que baxo esta encina
buscamos algun abrigo
mientras llueve.
Ric. Abre, abre aprisa
le dá la llave á Enrique.
la choza, entrarán á honrarla
estos Señores. Querria,
que fuese un Palacio, para
ofrecérsela con fina
voluntad; pero á lo menos
mientras el chaparron siga
estareis baxo techado,
y con buena lumbre.
Jos. Estima,
buen viejo, nuestra atencion
ese agasajo.
Ric. Vé, avisa *á Enrique.*
á Eduarda y á Isabela:
dilas, que á hacer compañía
baxen, á estos dos Señores.
Entrad, de defensa os sirva
hasta allá este paraaguas.
Jos. Y vos?
Ric. Yo toda mi vida
estoy hecho á la intemperie,
y nada me perjudica.
Jos. Qué candor, y qué virtud!

Vamos, pues tan poco dista.

Entran en la choza, y Ricardo dá el paraaguas á Enrique.

Ric. Toma, para que Eduarda
no se moje.

Enr. Ah, Eduarda mia!

Se entra, y entorna la puerta subiendo al molino.

ESCENA X.

Distoorn por la derecha.

Dist. Me ha gustado la aprension
del caballito, á fe mia:
si me alcanza el par de coces,
no hay mas, me hace una tortilla.
Bien dicen, que al perro flaco::-
despues que hasta la camisa
vengo calado. A buena hora
escampa, quando queria
yo, que á cántaros lloviera.

Dexa de llover, y se va aclarando la Escena.

Como no me cueste el dia
de hoy alguna enfermedad,
que me envie á la otra vida,
no será malo. Con esto,
y con llevar unas lindas
calabazas de esa hermosa
sirena, ha sido cumplida
la fiesta. Allí viene. Qué
habrán resuelto?

ESCENA XI.

Distoorn, baxando del molino Enrique, Eduarda, é Isabela, y saliendo de la choza Ricardo, Joseph II. y el Conde de Coventcel.

Eduar. Camina,
Isabela.

Ricard. Ya parece
que ha escampado.

Isab. Si la vista
no me engaña, allí está::- él es.

Ric. Salid. Distoorn, buenos dias.
Quánto me atormenta el verle!

Dist. Sí, buenos, con la camisa
hecha una sopa. Olá, quiénes
serán aquestas dos lindas
figuras?

Jos. El Cielo os guarde.

Saludando á Distoorn, y él correspondiéndoles.

Ric. Dónde, Señores, deciais,
que dexásteis los caballos?

Jos. En esa vega vecina.

Ric. Voy á mandar que os los traigan.

Cond. No, yo iré.

Jos. Sí, y vuelve aprisa.

Parte por la derecha.

Dist. Con que son vuestros caballos,
eh?

Jos. Y vuestros tambien.

Dist. Se estima.
Pues agradeced, que no
hago que os echen encima
un multazo, por dexar
así unas caballerías,
poco seguras. No hay mas,
si mas á tiro me pilla,
de un par de coces me rompe
una pierna.

Ric. Llega, hija. *á Eduar.*

Jos. Ola, es hija vuestra esta
hermosura?

Eduar. Y muy rendida
criada vuestra.

Jos. Es esposa
de ese joven?

Enr. No es mi dicha
tanta.

Jos. No hay duda que lo era.

Ric. Entra á cuidar la comida, *á Isab.*
y en estando, avisa.

Isab. Bien. *Vase.*

Dist. No señor, va á serlo mia.

Jos. Vuestra?

Dist. Pues qué?

Jos. No lo apruebo.

Dist. Y por qué?

Jos. Porque algun dia,

en vez del nombre de esposo,
no vendrá á ser maravilla,
que os dé el de abuelo, si es que
con algun cuidado os mira.

Dist. Sois un insolente.

Jos. No:
soy ingenuo, y me lastima,
que una joven de tan pocos
años, y tan peregrina
belleza, se una á un cadaver.

Dist. Cadaver yo? Vaya, de ira
me tiembla la barba.

Jos. Y vos *á Eduarda.*
lo aprobais?

Eduar. Sí Señor.

Dist. Viva:
me alegro: eso porque soy
un cadaver, eh? bendita
sea tu boca.

Jos. Ah! su padre,
tal vez, la amonestaria::-

Ric. No así me agravieis. Su padre
á violentarla no aspira,
Señor: su filial amor::-
Sabreis, que debo, hace dias,
al Señor, porque lo quiso
mi desgracia, una crecida
cantidad, y á que le pague
judicialmente me obliga,
sin mas término, que el de hoy,
ó que le otorgue á mi hija
por esposa.

Jos. Vil.

Dist. Ya veis,
si obro con harta hidalguía.

ESCENA XII.

Esmit y los dichos.

Esmit. Dios guarde á ustedes: de gozo
el corazon me palpita.

Ric. Seas bien venido, Esmit.
Yo, Señor, por mi desdicha
no tengo para acudir
á las urgencias precisas
de mi familia, otros bienes,
que aquesta pobre casilla,
y aquel molino: con todo,
he resuelto ya este dia
venderlo para pagarle,
antes que hacer á mi hija
víctima de mi desgracia,
y la insaciable codicia
de ese hombre.

Eduar. No, padre mio,
no; los Cielos no permitan,
que os vea yo consumido
de la hambre y dolor un dia
por mi causa. Yo prefiero
vuestra quietud, á mi misma
felicidad, y desde ahora
doy á Distoorn::-

Enr. Qué desdicha!

Eduar. Mi mano.

Dist. Pues, Señor, no hay
que hablar ya mas, si la chica
lo quiere.

Jos. Yo su virtud *ap.*
premiaré.

Ric. Tengo ofrecida
yo su mano á otro, y ella
le ama con la fe mas fina.

Dist. Cómo es eso de otro? ahora
salis con esa pamplina?

Ric. Sí, Distoorn; hace ya tiempo,
que Enrique quiere á mi hija,
y ella á él: yo lo he aprobado,
y he de hacer cierta su dicha,
aunque me quede á pedir
limosna toda mi vida.

Jos. No tendrá tan negro premio
tu proceder, mientras viva *ap.*
Joseph Segundo.

Eduar. Ay, Señor,
vuestra bondad::-

Ric. No, hija mia,
aunque yo acceder quisiera
á tu deseo, imaginas,
que el derecho que á tu mano
tiene, Enrique cederia?

Enr. Sí Señor, que no deseo
á tanta costa la dicha
de merecer á Eduarda.
La amo; pero me sería

muy

muy amargo, el ver á entrambos
en la mas triste é impropicia
situacion, porque quisísteis
hacerme feliz. No, viva
Eduarda, sin trabajos,
ni sustos, en compañía
de Distoorn, y vos sin el
peso, que tanto este dia
os agovia, de esa deuda,
pues no han bastado á cubrirla
mis afanes, y mas que
pierda yo tan alta dicha.

Jos. No perderás, que Distoorn
imitando la hidalguía
y la virtud de los dos,
quando del todo este dia
no le perdone esa deuda,
porque sea muy crecida,
le dará el tiempo preciso
para que pueda extinguirla
Ricardo, sin poner hoy
en el compromiso á su hija
de casar con él por fuerza

Dist. No haré tal por vida mia.
Sí, pues estoy para gracias,
con unos zelos, que::- Chispas
echo por los ojos.

Jos. Oh alma *ap.*
cruel!

Dist. Vamos: ó la chica,
ó el dinero.

Ric. Id, embargad
los bienes, que mis desdichas
respetaron, sin que os duela
mi dolor, ni el de mi hija.

Dist. Ya se vé, que iré.

Esmit. No ireis,
hombre inflexíble, alma impía,
que aun hay quien lo estorbe.

Dist. Ola,
y quién le ha dado golilla
para este entierro al mocoso?

Esmit. Una voz desconocida
del alma vuestra, que hiere
intensamente la mia.
La voz de la humanidad
es la que á amparar me obliga
á los dos, y á destruir
vuestras máquinas impías.
Segun vos mismo habeis dicho,
asciende á ochocientas libras
la deuda, no es esto?

Dist. Así es.

Esmit. Aquí están pues: tu respira *á E.*
con desahogo, entretanto,
que yo rindo á la divina
providencia, quantas gracias
la debo, porque benigna
me dexó un arbitrio, para
enmendar vuestras desdichas.

Enr. y Ric. Pero cómo?

Esmit. Acabo ahora
de vender aquella viña,
que me quedaba, y con que
hasta hoy me mantenia,
aunque pobremente.

Eduar. Oh, Dios!
Padre, y tendrémos, á vista
de una accion tan generosa,
tan grande y tan nunca oida,
valor para ver á Esmit
en situacion tan impía
por nuestra causa?

Esmit. Eduarda,
no me quiteis este dia
la gloria de haber cumplido
con el deber que me inspira
la verdadera amistad,
que profeso á Enrique. El dia
mas agradable y felíz
de todos los de mi vida
es éste, en que á costa de
un corto bien que tenia,
le hago á él dichoso, y á vos
os libro de la excesiva
desgracia de desposaros
tan á disgusto. Sí, digna
y virtuosa Eduarda:
sí, amigo Enrique, mi dicha
llegará á su colmo, como
por este medio consiga
ver unidas para siempre
dos almas, que pretendia
separar la suerte, y tu

creas por esta sencilla
prueba, que soy tan perfecto
amigo, como ofrecia.
Enr. Si, Esmit, dexa que á tus plantas::-
Esmit. Qué haces? El Cielo bendiga
vuestra union, colmándola
de venturas y delicias. *Vas.*
Jos. Oh, heroico joven! No sé
á quién tengo mas envidia!
Dist. Yo estoy hecho un mentecato.
Jos. Y decid, no os horroriza *á Dist.*
vuestra impiedad? no os afrenta
una accion tan peregrina?
Dist. Digo, y por qué? Señor mio,
á mí el ganar una libra,
me cuesta estar trabajando
en una escritura, dias
enteros, y si no guardo,
lo que me reste de vida
sabe Dios como andaremos.
Y en fin, si tan compasiva
teneis el alma, por qué
no gastais menos saliva,
y sacais vuestro bolsillo?
Pues no teneis, á fe mia,
cara de ser vos muy largo.
No es de pródigo la pinta.
no.
Jos. Callad, no me obligueis::-
Dist. Ola, ola, á mí bravaticas?
cuidado no haga llevaros
hasta la aldea vecina
amarrado como un perro,
y os amanse allí unos dias
en una carcel; pues pocas
roncas conmigo.
Jos. La ira *ap.*
no acierto á disimular.
Ric. Que os reporteis, os suplica
mi atencion. Vos procedísteis,
Distoorn, como no debíais,
pues atropellar á un pobre,
no es obrar con hidalguía;
pero en fin, ya estais pagado:
y pues que libre respira
ya mi corazon, Enrique,
hoy mismo darás á mi hija
la mano, para lo qual
iremos con toda prisa
despues de comer, á hacer
las diligencias precisas.
Dist. Como el diablo no lo enrede.
yo os aguaré la alegría *ap.*
con la que tengo tramada.

ESCENA XIII.

Isab. Señor, ya está la comida.
Ric. Si quereis acompañarnos::- *á Dist.*
Dist. No, lo estimo: hasta la vista. *vas.*
Jos. Impío, confieso, que
su crueldad excitó mi ira. *ap.*
Ric. Tu, Enrique, vé á ver si viene,
(puesto que tan poco dista
el parage, adonde fué
por las dos caballerías)
el otro huesped; que quiero,
pues lo dispone mi dicha,
que honren nuestra mesa hoy.
Enr. Corazon mio, respira. *parte.*
Jos. Lo admitiré, porque no
lo tengais á grosería.
Isab. A que se hace aún el pegote
de rogar?
Entra en la choza.
Ric. Pues vamos, hija.
Entrad, Señor.
Jos. Yo te haré
felíz, virtuosa familia.
Y porque empieces á serlo,
ya con júbilo camina
Josef II. á sentarse
hoy á tu mesa sencilla.
Entra en la choza.
Eduar. Amor mio, pues el Cielo
te aprueba, y te patrocina,
cree, que no tardará
en coronarte de dichas.
Entran en la Choza.

ACTO SEGUNDO.

Zaguan del molino.

ESCENA I.

Ricardo, Eduarda, Enrique, Isabela, Joseph II. y el Conde de Coventcel, sentados al rededor de una mesa puesta con sencillez, y en que habrá alguna vianda, vasos, una botella con vino, &c.

Ric. Hijos, pues ya respiramos
libres del duro conflicto,
que poco há nos oprimia,
sazonemos el sencillo
banquete, con el placer,
el gusto y el regocijo.
Y ustedes, pues con afectó
tan verdadero partimos
con los dos nuestra pobreza,
coman: vaya, tu, echa vino, *á Enr.*
y brindemos todos, por
la salud de nuestro digno
Emperador, cuya vida
dilate Dios muchos siglos.

Jos. Decís bien. Apenas puedo *ap.*
ocultar mi regocijo.

Cond. Y por la del Elector
no?

Ric. Sí Señor, que es muy digno
de nuestro amor y respeto.

Jos. Dicen, que es muy compasivo
y humano.

Enr. Y muy virtuoso.

Eduar. Como que todos á gritos
le llaman padre del pobre.

Isab. Qué hemos de hacer, si como á hijos
nos trata?

Jos. Tan bueno es?

Ric. Hechura de nuestro invicto
Joseph II, que no hay
mas que decir. Ha vivido
nuestro Elector á su lado
mucho tiempo, y no me admiro,
que de tan perfecto maestro
aprendiese, como vimos,
á ser humano, y ser justo.

Jos. Pues si la verdad os digo,
no tiene Joseph esa fama.

Enr. Creed, pues, que es un impío
quien otra le dé, y que yo
no podria consentirlo,
si delante de mí osára
alguno, como habeis dicho,
quitarle el buen nombre, que
sus hechos le han adquirido.

Jos. Este camarada y yo
desde Viena venimos
ahora, y allí, segun
á los mas hemos oido,
le tienen por orgulloso,
injusto, cruel, omiso,
y::-

Ric. Pues mienten todos esos,
que hablan así, yo lo afirmo;
y aunque viejo, á sostener
en qualquier parte me obligo,
que es un hombre ruin, y mal
vasallo, quien haya dicho
que Joseph II. no es
el mas justo, el mas benigno,
y mas zeloso de quantos
Soberanos ha tenido
la Alemania; y por su vida,
que si uno á contradecirlo
se atreviera::-

Jos. No, no, yo,
Ricardo, no os contradigo.

Ric. Supóngolo así.

Jos. Refiero
solamente lo que he oido.

Ric. Apuradamente toda
la Europa, como habreis visto,
se hace lenguas de él.

Jos. Es cierto.
Oh, con quánto regocijo *ap.*
le estrechára yo en mis brazos!

Ric. Y con razon.

Jos. Mas reprimo
hasta su tiempo el placer, *ap.*
que me ha causado el oirlos.

Ric. Con que venis de Viena?

Cond. Sí Señor.

Isabela se levanta, y va quitando la mesa.

Ric. Por acá han dicho
que el Emperador pensaba
pasar por estos dominios
para ir á Francia.
Jos. No hay duda:
y en el dia que salimos
nosotros de allí, salió,
segun dixeron, seguido
de una corta comitiva.
Ric. Dios le asista en el camino.
Eduar. Así sea, y su persona
libre de qualquier peligro.
Enr. Mucho sentirán su ausencia
todos.
Jos. No pocos, amigo,
murmuran de aqueste viage;
diciendo, que es un capricho,
por el qual queda el Imperio:-
Ric. Volvemos á ello? Echa vino,
Enrique. Si yo supiera,
qué dia, y por qué camino
venia á Munich, no, no *bebe.*
perderia, yo lo afirmo,
la ocasion de verle. Ah,
qué júbilo fuera el mio,
si yo lográra esa dicha!
Desde que nació he vivido
con ese anelo, y si acabo
mis dias sin conseguirlo
me parece, que tendré
un gran pesar.
Cond. Yo imagino,
que es será facil el verle
en Munich, si, como han dicho,
se detiene algunos dias.
Ric. Con ese consuelo vivo.
Jos. Y qué sacareis de verle?
Ric. Qué? la gloria de haber visto
en ochenta años, á un hombre
virtuoso; pues afirmo,
que no sé si he visto otro.
Jos. Muy apasionado os miro
al Emperador.
Ric. A él no;
á sus hechos sí.
Jos. Imagino,
que á saberlo él, no quedárais
sin premio.
Ric. No le codicio:
con poderle ver de cerca
me contentaba.
Cond. Imagino,
que no moriréis sin ese
gusto.
Ric. Ese tan solo pido
á Dios, y el de ver á mi hija
casada á su gusto y mio.
Jos. Quién sabe, si tendreis uno
y otro, en un dia.
Ric. Bendito
sea, el que con mano franca
acudió á nuestro preciso *levantánd.*
alimento. Vaya, Enrique,
una vez que hemos comido,
iremos á disponer,
si es que nos dan su permiso
estos Señores, lo que
convenga, para que unido
te veas mañana á Eduarda.
Y ustedes mientras venimos
pueden descansar un rato,
si gustan.
Jos. No, yo lo estimo;
pero es fuerza que pasemos
luego á Munich.

ESCENA II.

Esmit y los dichos.

Enr. Fiel amigo,
qué traes, que con semblante
tan macilento, y sombrio
vienes? Acaso te traxo
algun daño, el sacrificio
costoso, que por mí has hecho?
Esmit. No, Enrique, que el beneficio,
jamás puede ocasionar
pesar alguno al que le hizo,
si el beneficio recae
en un pecho agradecido.
El pesar que traigo, nace

de ver que haya tan indigno
corazon, que se deleite
en fomentar el conflicto
de su semejante.

Eduar. y Enr. Cómo?

Esmit. Como Distoorn ha inducido
á nuestro Alcalde, á incluirte
en el número crecido
de mozos, que han de sortearse
esta tarde.

Ric. Ese es delirio,
Esmit, pues la ley exîme
hoy á Enrique por ser hijo
de viuda, y único.

Esmit. Ya
su madre presente hizo
todo eso, pero de nada
á la pobre la ha servido.

Eduar. Pues qué dicen?

Esmit. Que la orden
del Elector, ha venido
sin distincion.

Ric. No es posible.

Jos. Conde, ya de aquí es preciso
no salir, hasta informarnos
Al oido al Conde.
á fondo de este delito.

Eduar. Otra angustia.

Enr. Cielos, quándo
he de respirar tranquilo?

Esmit. Tu madre con mucha prisa
iba á traerte este aviso
anegada en llanto; pero
yo por darla aquese alivio
me he encargado de traerle.

Ric. No, esta infamia sin castigo
no ha de quedar; yo iré á que
me enseñe esa orden, que ha dicho
del Elector.

Jos. Desde luego,
que será supuesta afirmo;
pero á no hacerlo presente
al Elector, imagino,
que nada adelantareis.

Esmit. Ya no nos queda ese arbitrio,
Señor, porque es el sorteo
á las tres, y hasta hoy no ha habido
noticia, de que pudiese
Enrique estar comprehendido.

Jos. Qué maldad! Pues si quereis
seguir el dictamen mio,
preséntese en el sorteo
Enrique, que no es preciso
por eso, que haya de ser
tan infeliz su destino,
que le toque el ser soldado.
Despues contra aquese impío
puede reclamar, que yo
aseguro su castigo,
siendo el Elector tan justo
como dicen.

Esmit. Sí, sí; amigo
Enrique, vamos, que la hora
se acerca, y si no acudimos,
perderá tu queja, parte
de la razon, que consigo
lleva; que al fin es un Juez
quien lo manda, y es preciso
obedecer.

Enr. Vamos pues.
Eduarda, no el regocijo,
que empezaba ya á reynar
en tu corazon sencillo,
turbe este accidente; pues
el Cielo, que cambiar quiso
hoy en risa nuestro llanto,
por tan extraño camino,
no querrá cambiar de nuevo
nuestro placer en conflicto.
Y en fin, quando así lo quiera
nuestro contrario destino,
por probar nuestra constancia,
cumpliré como buen hijo
de la patria, como buen
vasallo, como hombre digno
de tu mano, yendo á ser
asombro del enemigo,
mientras durare la guerra;
y despues, si quedo vivo,
volveré ya coronado
del inmarcesible y digno
laurel á que tu hermosura
me dé el premio merecido.
Parte con Esmit.

ESCENA III.

Eduarda , Ricardo , el Conde y Joseph II.

Jos. Teneis un amante , Eduarda,
tan valiente como fino.
Ric. Lo honrado , Señor , es mas
que todo.
Jos. No , yo os afirmo,
que hicisteis buena eleccion.
No puedo dar al olvido
Al oido al Conde.
tan exêcrable maldad.
Cond. Digna es del mayor castigo *ap.*
Ric. El muchacho es pobre , y tanto,
que á expensas del reducido
jornal , que gana , están él
y su madre ; pero estimo
mas á Enrique para yerno,
que á otro con un excesivo
caudal.
Jos. Siendo él tan honrado,
y amándole , como he visto,
Eduarda , haceis muy bien:
que vale mas que un crecido
caudal , el gusto y la paz.
Eduar. Yo por lo menos repito,
que si llego á ser su esposa
otra fortuna no envidio.
Ric. Solo siento la amargura
de su pobre madre. Digo,
con ochenta años que tiene,
y sin mas , que el triste asilo
del sudor del hijo::– Ah,
que desconsuelo ! Os afirmo,
que me compadece mas
el suyo , que mi conflicto.
Jos. Es una impiedad
Ric. Mira , hija,
yo me voy , con el permiso
de estos Señores , á darla
algun consuelo : imagino,
que pronto daré la vuelta,
con que así , que tengas juicio,
y procures no sentir
el daño , que aun no ha venido.
Isabela.
Sale Isabela por la izquierda.
Isab. Señor.
Ric. Que
acompañes á tan dignos
huéspedes , mientras yo vuelvo.

ESCENA IV.

Eduarda , Isabela , Joseph II. y el Conde.

Jos. Aunque nos era preciso
partir á Munich quanto antes,
quedar aquí determino
hasta que salgais del susto.
Cand. Sí , sí , yo apruebo el designio.
Jos. En este supuesto , Eduarda,
que no será malo , digo,
sentarnos un rato.
Eduar. Como *Se sientan.*
vos gusteis: quánto me agito!
Jos. Pero no habeis de estar triste,
y mas no habiendo motivo
hasta ahora para ello.
Mañana vuestro martirio
cesará::–
Eduar. Ojala!
Jos. Sí , sí,
Eduarda , yo lo fio.
Eduar. Soy muy desgraciada.
Jos. Y vos,
Isabela , habeis seguido
las huellas de vuestra prima?
Isab. No Señor.
Jos. No hay que mentirnos.
Vaya : teneis hecha ya
eleccion para marido?
Isab. Ni lo he soñado.
Cond. Y porqué
ha de estar , como habeis dicho,
esa hermosura sin dueño?
Isab. Porque si la tengo , es fixo,
que nadie lo ha reparado.
Jos. Pues , si quereis , yo me obligo
á buscaros un esposo
de tanta honradez y juicio

como Enrique.
Isab. Digo, y dónde
se venden?
Jos. Quando yo mismo
á buscárosle me ofrezco::-
Isab. Buen mozo?
Jos. Buen mozo, y rico.
Isab. Rico, juicioso, buen mozo,
y honrado? No era un delirio
hacer ascos? Desde ahora
digo que sí.
Jos. Ratifico,
pues, mi promesa.
Eduar. Estás loca?
pues si hasta ahora no le has visto,
cómo sabes si has de amarle?
Isab. Como yo amar determino
desde ahora á un hombre, en quien se ha-
semejantes requisitos. (llen
Jos. Dice bien.
Isab. Pero pregunto,
y quándo ha de ser?
Jos. Hoy mismo,
que si se dilata, temo
que llegueis á arrepentiros.
Cond. Qué intenta el Emperador? *ap.*
No penetro sus designios.
Isab. Cuenta, que si no es buen mozo::-
Jos. Qué?
Isab. No hay nada de lo dicho.
Eduar. Ah, quién tuviera tu humor!
Isab. Toma los cuidados mios,
y le tendrás.
Eduar. Dices bien.
Isab. Esperando un novio rico,
juicioso, honrado, y buen mozo,
podia estar triste.
Eduar. Envidio
tu caracter.
Isab. Yo á tí el novio.
Eduard. No le tienes?
Isab. Pero miro,
que es el tuyo de contado,
y el mio de prometido.

ESCENA V.

Distoorn y los dichos.

Dist. Pésame ser hoy correo
de malas nuevas.
Eduar. Qué he oido!
Isab. Pues qué hay? *sobresaltadas.*
Jos. Infame; perverso;
solo de verle me irrito. *ap.*
Dist. Que el que ha de morir á obscuras::
ya se vé: si es el destino.
Eduar. Hablad, Distoorn.
Dist. No hay que darle
vueltas. Sobre que yo he visto
tanto de eso::-
Isab. Nos direis
claro, lo que ha sucedido?
Dist. Vaya, es desgraciado.
Isab. y Eduar. Quién?
Dist. Enrique.
Eduar. Oh Dios!
Jos. Pues decidnos,
qué ocurre?
Dist. Que fué el primero,
que salió para el servicio
de las armas.
Eduar. Infelice!
Cae trastornada en los brazos de su prima.
Dist. Lo que yo dixe, destino
de las criaturas. No es
de casado el suyo.
Jos. Impío.
Isab. Animo, Eduarda.
Dist. Qué,
por eso es el parasismo?
Eduar. Desventurada! *recobrándose.*
Cond. Bribon.
Dist. Por eso no hay que afligiros.
Si un novio se os va, otro os queda,
tal vez mas tierno y rendido,
y sin el riesgo de ser
quintado.
Isab. Apartad.
Eduar. Yo os pido.
que no acrecenteis mis penas.

Dist.

Dist. Pero si era su destino
ese, á qué será mataros
ya. A bien, que es mozuelo, y digo,
bien plantado. Desde luego
apuesto, á que el Enriquillo
con la casaca del Rey
estará excelente chico.
Eduar. Quereis callar?
Cond. Ya no tengo
paciencia. Pues os ha dicho
Eduarda, que dexeis
de acrecentar su martirio,
pudísteis haberlo hecho.
Dist. Y á vos qué os importa, amigo?
Cond. Nada mas, que el conocer
radicalmente el indigno
fin, que llevais vos en ello,
y no querer consentirlo.
Jos. Dice bien mi camarada.
Vuestro corazon impío
quiere deleitarse ahora,
llenando por ese estilo
de amargura, el de Eduarda.
en venganza del cumplido
desaire que os hizo; pero
si con eso habeis creido
conquistar su voluntad,
os engañásteis, pues miro,
que una joven del talento
suyo, por ningun motivo
podrá amar á un monstruo, que
solo de su odio es digno.
Eduar. De mi odio, sí: ya no tengo
cordura, virtud, ni juicio,
que basten á disfrazar
el horror, que concebiros
me hacen vuestros hechos. Vos
seguramente inducido
de vuestros zelos, habreis
dispuesto con artificio,
que hoy Enrique en el sorteo
haya sido comprehendido;
y léjos de avergonzaros
de semejante delito,
lisonjeándoos venis,
del dolor que ha producido
en mi alma este accidente;
como si fuese camino
para hallar mi corazon,
un proceder tan impío.
Pues no, Distoorn: si hasta ahora
no tenia otro motivo
para no daros mi mano,
que el no amaros, ya me miro
con otro mayor, que es
el de aborreceros. Digo
lo que siento, Distoorn, es
tanto el horror con que os miro,
que aunque fuérais hoy Señor
del mundo, y todo el alivio
de mis penas, estuviera
en vuestra mano, os afirmo,
que el alivio despreciára
solo por no recibirlo
de vos. En este supuesto,
que depongais os suplico,
vuestras ideas: y si es
que en cambio de los martirios,
que me habeis ocasionado,
quereis hacerme un servicio,
á acordaros no volvais
mas de esta casa. Harto os digo.
Dist. Sí, demasiado.
Isal. Con justa
razon, pues si lo que han dicho
fuera cierto, mereciais
mil puñaladas.
Dist. Amigos,
me honrais todos que es un pasmo.
Eduar. Hubiérais vos procedido
con mas honor.
Dist. Pues qué he hecho
yo, Señores? He tenido
la culpa de que hoy Enrique
sea soldado?
Eduar. Sí, impío,
Pues por ser hijo de viuda,
y único, ser comprehendido
no debia en el sorteo.
Dist. Eso no reza conmigo:
A nuestro Elector, que es
quien manda, que por motivo
ninguno se exîma, al que
tenga la talla.

Jos. Si digo
lo que siento, no lo creo
mientras no lo hubiere visto.
Cond. Ni yo.

ESCENA VI.

Ricardo, Enrique y los dichos.

Eduar. Padre.
Corriendo á encontrarlos con el mayor dolor.
Ric. Eduarda mia.
Eduar. Enrique?
Enr. Cruel destino!
Ric. Valor, hija, y esperemos
en el caracter benigno
de nuestro Elector. Ahora
sin mas tardanza, este amigo
Señalando al Emperador.
tendrá la bondad de hacernos
para él un memorialito,
exponiéndoselo todo;
y al instante determino
ir á entregársele yo.
Sí, Eduarda, yo confio,
que aunque su Alteza haya dado
el orden que nos han dicho,
ha de lastimarse al cabo
de la viuda.
Dist. Soy perdido, *ap.*
si hace lo que dice.
Eduar. Pues
mejor es no diferirlo.
Dist. Sí; yo haré el memorial. Pues
no saben leer, determino *ap.*
enmendarlo así.
Jos. Yo, yo
le haré. Sacadme al proviso
tintero y papel.
Dist. Este hombre
es mi antípoda.
Ric. Al molino
me llego por ello. *Vase.*

ESCENA VII.

Distoorn, Eduarda, Joseph, el Conde, é Isabela.

Dist. Si
no lo estorbo, soy perdido. *ap.*
Jos. Qué es esto, Enrique, tan pronto
vuestro valor se ha rendido?
Dónde está vuestra virtud,
único y constante asilo
del desgraciado?
Enr. Ay, Señor,
que es mas el filial cariño,
que la virtud. Vos me viérais
recibir hoy con tranquilo
semblante, este contratiempo,
si solo á mí, sus impíos
efectos, llegáran; pero
tengo una madre, que ha sido
siempre, mi única delicia,
y á quien, con el sudor mio,
he sustentado hasta ahora.
Faltándola yo, qué abrigo
queda á la desventurada,
con ochenta años cumplidos,
que tiene? Ah, si su dolor
no la mata, al rigor mismo
de la hambre, perecerá
sin remedio. Esto es, amigo,
lo que me traspasa el alma,
esto lo que me ha rendido.
Cond. Pobre joven!
Jos. Quánto, quánto
su noble virtud envidio! *ap.*
Dios, que lo dispone así,
cuidará de dar alivio
á vuestro dolor. No así
desconfieis.
Eduar. Sí, querido
Enrique; y si Dios no atiende
á nuestros ruegos activos,
partiremos con tu madre
nuestra pobreza, y unidos
lamentaremos tu ausencia,
dándote de mi cariño
una prueba, en el respeto

y ternura, que me obligo
á tributarla.
Enr. Eso solo
dará á mis penas alivio,
virtuosa Eduarda.

ESCENA VIII.

Ricardo con un tintero y un pliego de papel, y los dichos.

Ric. Aquí
está ya todo. Yo fio
en Dios, que tendrá remedio.
Vaya, al cabo me he venido
sin la salvadera. Sube
por ella tú. *á Isab.*
Isab. Ya voy, tio. *parte.*
Ric. Enrique, saca la mesa,
que está allí, y ánimo, hijos.
Aunque estoy mas triste que ellos,
animarles es preciso.
Entra Enrique por la izquierda.

ESCENA IX.

Esmit con escarapela en el sombrero, y los dichos.

Eduar. Qué veo?
Ric. Esmit con cucarda!
Esmit. Dónde, dónde está mi amigo?
Ric. Ya sale.
Corre á encontrar á Enrique, que sale trayendo una mesa.
Esmit. Respira, Enrique,
y abrazame.
Enr. Ay, mi querido
Esmit, que es ya muy sensible
mi mal, para no sentirlo.
Esmit. Qué mal?
Enr. Qué mal, dices? Puede
ser mayor, que haber perdido
á Eduarda, y::-
Esmit. Cambia en placer
tu pena, y respira, digo
otra vez, sin sobresalto,
que aunque se empeña el destino
en separaros, el Cielo
parece, que quiere uniros.
Libre estás ya.
Jos. Cond. y Ric. Qué oigo, Cielos!
Enr. y Eduar. Cómo?
Esmit. Como me he ofrecido
yo, á servir por tí, y mediante
ser nuestros años los mismos,
y mas mi talla, al momento
aceptaron el partido.
Enr. Ay, Esmit, quánto me dexan
tus acciones confundido!
Esmit. Pues qué generosa accion
viene á ser, quando me miro,
sin mas padre, ó mas hermano,
que un tierno y leal amigo,
de quien siento el apartarme,
que por obviarle el martirio,
de dexar hoy á una madre,
á quien quiere como hijo,
y á una joven virtuosa,
con quien tierno, amante y fino,
iba á unirse para siempre,
haga yo este sacrificio?
Enr. La mas generosa y grande,
que conocieron los siglos:
la mas hidalga, la mas
virtuosa, y que yo admiro
mas, de quantas en la historia
se cuentan.
Esmit. La que un amigo
hiciera por otro.
Jos. No,
no á todos es concedido
obrar con esa grandeza
y virtud, no: yo la admiro,
la aplaudo, y creo, que no
quedará sin el debido
premio.
Ric. Esmit, de absorto, apenas
acierto á darte un indicio
de mi reconocimiento.
Eduar. Ah! ni yo de regocijo.
Dist. Yo no sé lo que me pasa!
Por fin, con esto que ha habido,
ya no harán el memorial.
No pasé mal susto.

ES-

ESCENA X.

Isabela alborozada, y los dichos.

Isab. Tio,
prima, Señores, salid,
salid aprisa al camino,
y vereis quántas carrozas
y caballos. Yo malicio,
que es el Elector. Corramos
á verle.
Ric. Si, sí.
Isab. Prestito.
Ric. Vamos.
Jos. Qué será esto, Conde? *al oido.*
Cond. Yo no acierto á discurrirlo.
Ric. Vedid, Señores.
Jos. En fin,
vamos.
Eduar. Ay, Enrique mio,
quánto debemos á Esmit!
Esmit. Lograd hoy vuestro cariño,
tranquilamente, y dexad
de afrentarme mas.
Enr. Oh, amigo!
Entran por la derecha.
Aparece la mutacion con que empezó el drama.

ESCENA XI.

Labradores y molineros, que con los primeros versos descienden á la Escena, despues por la puerta de la choza Joseph II. el Conde, Ricardo, Esmit, Enrique, Distoorn, Eduarda, é Isabela; y por la izquierda el Elector, Colloredo, y Señores de la comitiva.

Labrad. El Elector es, baxemos
á verle desde el camino.
Ric. Se han apeado.
Esmit. Y aquí
vienen.
Cond. Sin duda ha sabido,
Al oido al Emperador.
que estais aquí
Jos. Pues en vano
es ya ocultarme, imagino
causar á esta buena gente
el mas grato y mas festivo
asombro.
Eduar. Ya llegan.
Todos. Viva
nuestro Elector.
Elec. Es el sitio
este donde le dexaste? *á Collor.*
Collor. Sí Señor.
Elect. Dando las señas
de su persona y vestido,
nos dirá esta gente, si es
que se halla aquí, ó si le han visto.
Decid::- pero qué reparo?
Señor.
Corriendo á postrarse á los pies del Emperador.
Collor. Señor::-
Elec. Confundido
vos entre esta pobre gente?
Jos. Levantad, los brazos mios
con impaciencia os aguardan.
Abrazando al Elector.
Ric. Enr. y Esmit. Qué oigo!
Eduar. é Isab. Oh, Dios!
Dist. Sueño, ó deliro?
Elec. Un Emperador augusto
de Alemania en este sitio,
ocultando entre ese trage
de la magestad el brillo?
Ric. Joseph II, yo estoy
atónito.
Dist. Soy perdido.
Eduar. Isabela::-
Isab. Eduarda::-
Enr. Quién,
Esmit, lo hubiera creido?
Ric. No es nada el huesped, que hoy
sin saberlo hemos tenido.
Jos. Con que tú, contra lo que
A Colloredo.
te tenia prevenido,
descubriste al Elector
mi llegada?
Collor. Señor, visto,

que tardábais tanto, yo
temiendo algun impropicio
accidente::–
Jos. Tu lealtad
templa hoy el enojo mio.
Elec. Con que segun la hora, en que
Colloredo os dexó, es visto,
que aun os estaìs sin comer.
Jos. No, Elector, porque hoy he sido
huesped de este molinero
honrado.
Elec. Señor::–
Jos. Te afirmo,
que no he conocido un dia
mas grato en los que he vivido.
Ah, quánto me han enseñado
de virtud y de heroïsmo!
Obligados de una recia
tormenta, á buscar vinimos
donde guarecernos, y él,
virtuoso y compasivo,
partió con nosotros hoy
su pobreza, con que es digno
de que yo parta con él
mi riqueza: sí, sí, hijos:
llegad á mí; el mismo soy,
que fuí: no del excesivo
placer de ver, y estrechar
hoy entre los brazos mios
á la virtud me priveis.
Todos. Señor::– *retirándose.*
Jos. El centro mas digno
de la virtud, es el seno *abrazánd.*
de un Príncipe. Yo contigo *á Dist.*
no hablé. Esmit, pídeme gracias.
Esmit. Yo::– si::–
Jos. Pide: concedido
tienes quanto quieras.
Esmit. Pues
gran Señor, solo os suplico,
que deis, con que ser felices
puedan Eduarda y mi amigo.
Jos. Pide para tí, que yo
cuidaré de ellos.
Esmit. No aspiro
á nada, pues tengo ya
el honor de ir á serviros.
Jos. De ese estás ya libre; y pues
desprecias el favor mio,
yo te daré sin que pidas.
Desde hoy, de mi erario asigno
á cada uno de vosotros,
dos mil escudos::–
Ric. Qué he oido!
Jos. De pension.
Ric. Eduar. é Isab. Buen Dios.
Esmit y Enr. Señor::–
Jos. Y pues que tengo ofrecido
á Isabela un novio honrado,
galan, virtuoso y rico,
que no me haga quedar mal
en esta ocasion confio,
Esmit.
Esmit. Qué escucho?
Jos. Te gusta?
Isab. Sí Señor.
Jos. Pues yo he cumplido
lo que ofrecí, solo falta
que tú, lo que has ofrecido
cumplas. Mañana los quatro
habeis de quedar unidos,
porque quiero ser yo, antes
de partir, vuestro padrino.
Los quatro y Ric. Qué ventura!
Jos. Y pues premié
la virtud vuestra, el castigo
daré, á quien hoy le merece.
Dit. Temblando estoy.
Jos. Hombre impío, *á Dist.*
hombre inflexîble y malvado,
que en derramar el conflicto
y desolacion en esta
familia te has complacido,
despreciando los modelos
de virtud y de heroismo,
que en ellos tenías, oye
el justo fallo que expido
contra tí. Pues ofendiendo
indebidamente el digno
proceder del Elector,
supusiste haber tenido
orden suya, para no
exîmir hoy por motivo
alguno, al joven Enrique

del sorteo::-
Dist. Soy perdido,
vaya.
Jos. Mando, que una vez
que yo, ya á Esmit he exîmido
de ir por Enrique á la guerra;
y completar es preciso
el número de soldados,
que el Elector ha exîgido
de tu pueblo, vayas tú
por ocho años al servicio
de mis armas.
Dist. Señor, cómo::-
si mi edad, y mis continuos
achaques::-
Jos. No há mucho, que
me honraste con el indigno
epitecto de insolente,
porque dixe (no me olvido)
que eras viejo.
Dist. Pero fué::-
Jos. Ninguna disculpa admito:
calla, y agradece, que
no te doy mayor castigo,
que éste.
Elec. Con justa razon
te aplaude el mundo, y te envidio
yo.
Jos. Vamos. Cuenta, que quiero
verte yo mañana mismo *á Dist.*
con el uniforme.
Isab. Chispas.
Jos. Y vosotros tres, conmigo
venid á Munich, que quiero,
que vean todos el digno
aprecio, que hago yo hoy
de la virtud.
Enr. Yo os suplico,
me permitais antes, ir
á dar este regocijo
á mi pobre madre.
Jos. Sí,
es muy justo. Vé, buen hijo;
pero dá pronto la vuelta.
Vamos nosotros.
Elec. Amigos,
á Munich; pero en loor
del Emperador invicto
Joseph, repita ahora, vuestro
leal afecto conmigo,
que viva Joseph II.
Todos. Viva y reyne muchos siglos.

FIN DE LA COMEDIA.